

PROMOCIÓN 1962

SEMINARIO MENOR DE SAN ROQUE

REUNIÓN 05/08/2016

Reconozco mis limitaciones, no soy ejemplo de nada. Por otra parte cambié de rumbo, todavía no sé si debía cambiar o no, eran otros tiempos. He pensado muchas veces si no me equivocaría, en esa encrucijada de la vida, y por más que lo pensé, no encontré respuesta, hoy no me preocupa, me acojo a la misericordia de Dios.

Mi vida civil se desarrolló en la familia y en el trabajo, no precisamente intelectual. Navegué en Cementos Cantábrico, al poco tiempo de llegar a Gijón, mientras no encontré trabajo en Unión Asturiana Estibadora, empresa dedicada a la industria del metal, “primun vivere...” Todo el mineral y carbón de Ensidesa era transportado por esta empresa, dieciocho millones de toneladas al año. Allí entre motores, paneles, cintas transportadoras, ordenadores y robots y buenos amigos pasé 25 años, hasta que me prejubilé a los 57 años, al reestructurarse la empresa.

Escribir algo para personas, que tienen una cultura universitaria, la mayoría, personas que toda su vida se desarrolló entre libros y la comunicación, en la pastoral y en la espiritualidad, es un atrevimiento, por mi parte, hacer este folleto. Uno se expone a hacer el ridículo, pero consideré que el tiempo para algunos compañeros es insuficiente, alguien debía hacerlo, por eso de antemano pido comprensión y perdón por la osadía.

CONVIVENCIA BAJO UN MISMO TECHO

Nuestra convivencia en el Seminario llegó a marcarnos con el carisma de la fraternidad, nos apoyábamos como se apoya la familia. Seguimos unidos, más que nunca, en el amor a Jesucristo y a su Iglesia, receptivos a la gracia y con gran interés en conocer el amor de quien murió por salvarnos.

Por eso, desde la distancia, agradecemos a nuestros formadores todo el bien que nos han hecho, dieron lo que ellos tenían.

VIDA ESPIRITUAL

Santo Tomás fue el que más cosas sabía de Dios y mejor escribió de Dios. Al final de su vida Dios le premia con una revelación, se sintió tan confundido, tan contento, tan fuera de sí, que llegó a decir: “todo lo que escribí de Dios es pura paja”, Dios es otra cosa.

Dios es patrimonio de todos, es Padre de todos y porque es Padre de todos, nos reunimos todos los que ejercen el sacerdocio, los que lo dejaron, los que no llegaron, en la capilla de San Roque.

En San Roque empezó nuestra andadura espiritual, nuestra comunicación con Dios, para los que llegaron al sacerdocio, para los que lo dejaron, para los que no llegaron. Dios nos quiere a todos, somos sus hijos.

NUESTRA FORMACIÓN EMPEZÓ EN SAN ROQUE

La mayoría veníamos de la aldea, nos encontramos ante algo desconocido, muchos probablemente con sus respectivos miedos y su morriña, pero todo poco a poco se fue superando. Empezamos a conocernos, a relacionarnos, a comprendernos, a esa edad es fácil la comunicación.

Empezamos a ver la vida, desde otra perspectiva, la fe iba dejando su impronta en nuestra vida y el valor supremo para nosotros, poco a poco fue Dios, que se presentaba ante nosotros como Padre.



Pasaron los años y muchos llegaron a la meta, otros no llegaron, otros que llegaron abandonaron el ministerio, pero todos nos sentimos queridos por Dios y todos queremos cumplir la voluntad de Dios y ahí está nuestra grandeza. Lo pasado ya es irreversible, lo importante es hacer de la vida ahora una ofrenda a Dios, en cualquier estado, abandonarse en sus brazos de Padre.

A todos unos une una misma fe, un mismo deseo y objetivo: servir a Jesucristo y a la sociedad, carente en estas circunstancias de la luz del evangelio, de la alegría de la fe.

En esta etapa final, sin miedos, sin angustias, nos acogemos al amor de Dios, a su infinita misericordia y en sus brazos caminamos confiados el peregrinaje que nos queda, sin preocupación a nada, nuestro Padre es Providente.

NUESTRA FORMACIÓN

El símbolo de la cruz presidía el estudio, las clases, las conferencias. Probablemente no todos fuimos conscientes de este símbolo donde se nos manifiesta el amor de Dios a los hombres.

En la cruz se realizó nuestra salvación, éramos niños. Con los años fuimos descubriendo la importancia de la Cruz para nuestra vida, no es un símbolo vacío, es más que una idea, es algo real en nuestra vida. La vida es cruz, la vida exige renuncia, generosidad, aceptación de nuestras limitaciones y si la Cruz de Jesucristo se implanta en nuestro corazón, la vida comienza a tener sentido, bajo la perspectiva de la fe. Sentirse querido y amado por Dios es lo mejor que nos puede pasar. Se llega así a comprender lo que el Apóstol San Pablo llega a decir que su alegría es la cruz de Jesús. Sentirse querido y amado de Dios, incluso en la enfermedad, es la mejor terapia y la mayor felicidad.

Entre estudios, clases y bajo la dirección de personas especializadas se fue forjando nuestra personalidad, nuestra formación, en el orden intelectual, espiritual, moral.

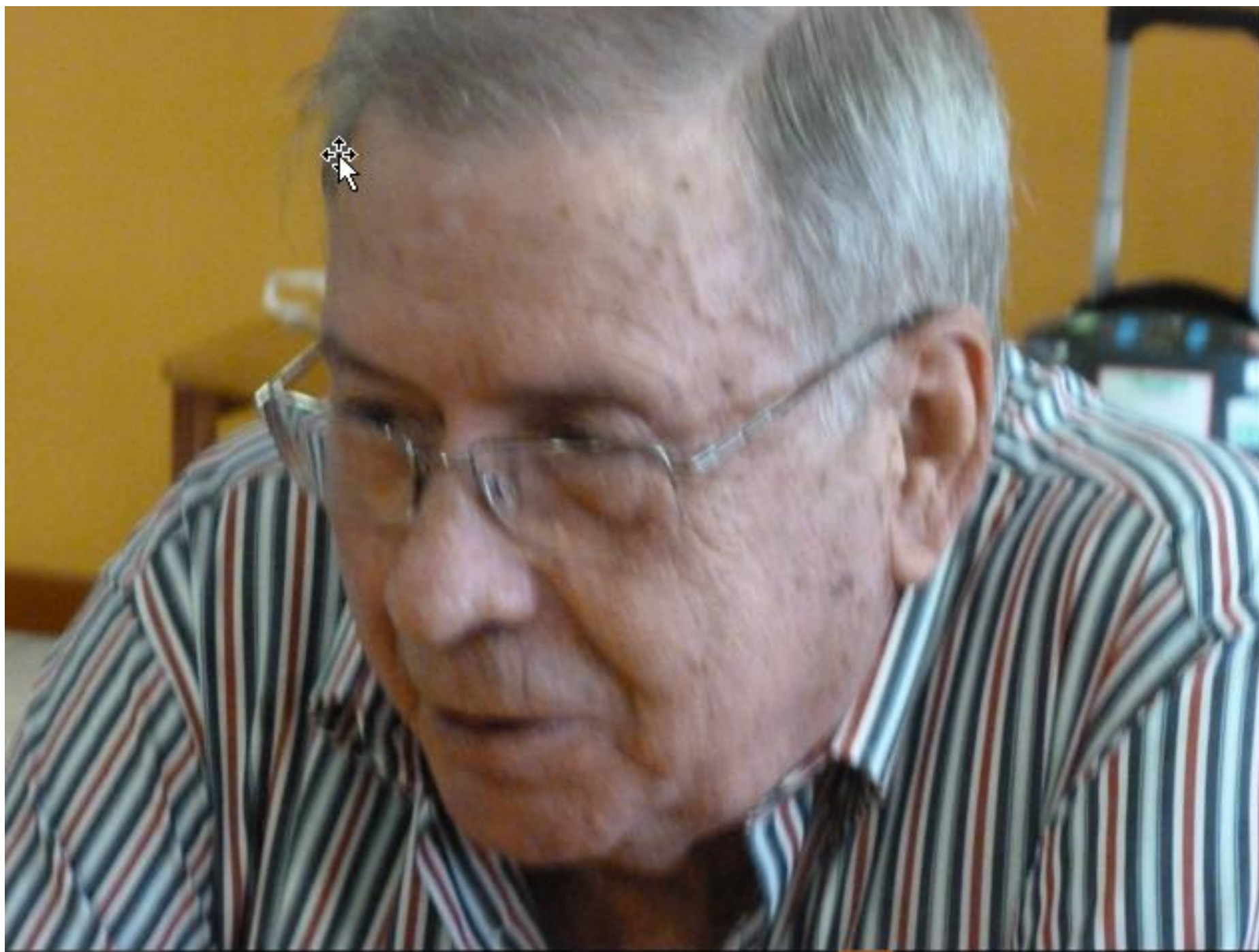
LA FUERZA DE LA CRUZ

Los que nos dejaron ya son muchos, ellos seguro que experimentaron la fuerza de la cruz. La cruz es a lo único, en ese momento, a lo que podemos agarrarnos, no vale ser inteligente y tener poder, no valen los amigos, tampoco los familiares, tampoco los avances de la ciencia y de la tecnología, nada pueden hacer, llegado ese momento. Sólo Dios nos puede dar su mano y la seguridad de que está de nuestra parte, de que su promesa de salvarnos se va hacer realidad en nuestra vida.

El recuerdo de los que nos dejaron y su compañía sigue con nosotros, sin duda alguna se alegran de vernos reunidos alrededor de la Cruz y unidos a la Eucaristía, que ofrecemos por ellos. Hemos compartido un mismo techo, días alegres y días menos alegres.

Decimos descansen en paz, los paganos decían que la tierra te sea leve. Nosotros sabemos, por la fe, que la muerte no es el final, es un cambio a una vida mejor.

Nuestros compañeros marcharon sin despedirse, no estábamos presentes, cuando emprendieron el viaje sin retorno. Marcharon silenciosamente para su última morada, pero siguen unidos con nosotros, con toda la comunidad eclesial, misteriosamente hay una comunicación, interdependencia y solidaridad.



JUAN GÁNDARA MOUZO D.E.P.



MANUEL GARCÍA ROZADOS D.E.P.



JESÚS MOLDES MONROY D.E.P.



ANTONIO SEOANE RAMÍREZ D.E.P.



JOSÉ VINAGRE ROMERO D.E.P.



ENRIQUE CAMINO FURELS D.E.P.

No cabe duda que la muerte es algo espantoso, asusta, da miedo, crea incertidumbre, nos confunde, no le vemos sentido y se presenta en el momento menos oportuno. Es no obstante el final de un proceso, de una meta, un cambio de vida.

En la fe podemos encontrarle sentido a esta realidad. La fe nos ilumina, nos conforta, nos da siempre esperanza en un Dios que nos quiere y quiere lo mejor para nosotros. Todos vimos marchar a la persona que más queríamos en la vida, sin poder hacer nada, la impotencia nos atormentaba, pero al final hay que aceptar la situación y entonces es cuando podemos encontrar la paz. Para quien vive la fe de Jesucristo la muerte tiene también ese aspecto amargo, esa cara espantosa, pero hay esperanza y consuelo, no es lo mismo la muerte para el que tiene fe, que para el que no la tiene, ese dolor se puede trascender y entonces es menos dolor.

La muerte no es el final, es un camino que se abre para llegar a nuestra casa. Nuestra casa aquí es temporal. Hemos sido creados para una vida mejor que esta.

Este artículo de Don Leonardo Boff, proporcionado por Longa, nos puede ayudar a comprender esta realidad.

MORIR CRISTIANAMENTE

Estamos siempre naciendo, y con la muerte acabamos de nacer. De este modo, la muerte pierde su carácter de brutal interrupción del ciclo de la vida para transfigurarse en un dichoso paso a la plenitud de la vida. En este sentido, morir sería atender a una llamada de Dios, que nos quiere en su casa, a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

San Francisco de Asís, el primero después del Único, murió cantando, agradeciendo a la vida todo cuanto esta le había proporcionado. Morir es pues, cerrar los ojos para ver mejor, como dijo José Martí, el mejor de los cubanos. Ver el sentido del universo y nuestro lugar en el conjunto de todos los seres, grávidos del Misterio en el que habremos de sumirnos: he ahí la gran revelación que nos será comunicada más allá de la muerte.

Esta forma de verlo ayuda a humanizar la muerte y a desdramatizar los casos de enfermedad terminal, porque, como dicen los existencialismos, no vivimos para morir, sino para resucitar, para vivir más y mejor, como creen los cristianos.

Un caso aparte lo constituye la opción de uno de los principales teólogos de nuestro tiempo, Hans Küng, con su gigantesca obra sobre distintas áreas del conocimiento: la teología, la filosofía, las religiones, el ecumenismo, la ética y la política. Gravemente afectado por el mal de Parkinson, que le impide utilizar sus manos y le ha reducido notablemente la vista, se lamentaba de que ya no podía hacer nada de lo que hacía como profesor, conferencista y escritor. Afirmaba no reconocerse ya a sí mismo y que, por eso, la vida había perdido para él su sentido, por lo que la muerte asistida sería una solución tranquila y feliz. Y en este sentido ha afirmado su deseo de recurrir a la muerte voluntaria y asistida en Suiza. Su país natal, donde tal recurso está legalmente reconocido.

Como teólogo y colega, me permito hacer algunas consideraciones. Y comienzo preguntando: ¿No se dará aquí una identificación entre la auto-imagen de gran escritor y pensador y la realidad concreta de su persona? Toda persona es mucho más que la imagen que de ella tienen los demás y ella misma. En teología, constituye un grave equívoco identificar la imagen de Dios con el propio Dios. Y lo mismo ocurre con la persona humana, que es más que todas sus posibles imágenes.

Como persona humana, cada uno de nosotros es un proyecto infinito que encierra dentro de sí innumerables posibilidades y que ninguna realización personal puede agotar. Si ya no puede ver ni leer ni escribir como lo hacía antes, sí puede tranquila-mente hacer otras cosas que entran dentro del ámbito de su proyecto infinito y que habrán de devolverle, sin duda alguna, un sentido para su vida.

Tal vez una situación como esta pueda dar lugar a un viaje espiritual rumbo al propio corazón. Es posible vivir esta situación ante Dios como una forma de comunión y de entrega confiada a sus designios. Incluso es posible, con un cierto sacrificio, visitar a enfermos, transmitirles palabras de

ánimo y servir de ejemplo de cómo, a pesar de sus limitaciones, todavía pueden realizar obras humanitarias.

Una persona vale infinitamente más que todos los libros que puedan escribirse. Si consigue devolver la esperanza a otra persona desarraigada de su medio y provoca en ella sentimientos de resignación confiada, haciendo que se sienta «en la palma de la mano de Dios», de quien acepta serenamente su misterioso destino, habrá hecho una de las mayores obras de misericordia. Y eso vale más que toda una biblioteca.

Pero hay otro punto de gran densidad teológica que tal vez no haya tenido en cuenta el eminente teólogo: aprovechar esa situación límite para sentirse solidario con todos cuantos en el mundo sufren igual que él. Entre los que sufren se establece un lazo de comunión secreta que transmite energía y sentido de la vida.

Y hay además un último punto, en esta ocasión de orden místico. Hans Küng —que escribió tanto y tan bellamente acerca de Jesús, de su saga, de su pasión y muerte violenta y acerca del modo de ser cristiano en el mundo de hoy en seguimiento de Jesús— habría abierto, con esa situación, una posibilidad única de sentirse unido al Cristo sufriente, como sugiere san Pablo en sus cartas.

Se trata de sufrir con Cristo, que, según Pascal, sigue agonizando en la historia. Se trata de completar lo que falta al sufrimiento del Cristo cósmico, sufriendo con Él y ofreciendo tal sufrimiento en favor de todos los que sufren en el mundo.

Las grandes mayorías anónimas y pobres de la humanidad penden de una cruz. Asociarse a ellas y sufrir su cruz personal tal como ellas la sufren, generalmente en silencio y con resignación, conferiría a Küng una gran dignidad y haría que su corazón se expandiera generosamente.

Morir tranquilo, sin dolor, con la serenidad que proporcionan poderosos fármacos, parece hacer realidad el ideal mediocre y pequeño-burgués de quien ha perdido los lazos de conexión con el universo, que también sufre los dolores de parto (cf. Rm 8,22), con la Tierra crucificada, con la humanidad sufriente y con Cristo, que sigue sufriendo en sus hermanos y hermanas y cuya resurrección no habrá quedado aún completa mientras ellos y ellas no hayan resucitado.

Morir en esa comunión, incluso en medio de dolores y limitaciones de todo tipo, es morir cristianamente. Es morir como cristiano, seguidor del Crucificado, no como un estoico que soporta la muerte porque es algo propio de la vida, pero sin darle un sentido humanizador, porque no consigue escapar de ella.

Escribo esto al amigo, al compañero de tribulaciones, porque juntos hemos sufrido las persecuciones de las autoridades eclesíásticas del Vaticano; juntos hemos sido difamados; nuestras intenciones han sido distorsionadas, nuestro trabajo impedido o perjudicado. Pero todo lo hemos soportado gracias a unas convicciones más fuertes que la cómoda carrera académica de una universidad famosa. No morimos simplemente porque nos ha llegado la hora; morimos porque sentimos la llamada del Padre, que viene a buscarnos y llevarnos a la casa que siempre hemos ansiado y a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

Morir así es digno. La muerte es la hermana que viene a buscarnos para abrir la puerta del Reino de la Trinidad, que es amor, comunión y vida eterna.

L. BOFF La Tierra está en nuestras manos. Una nueva visión del planeta y de la humanidad, Maliaño (Cantabria) 2016, pág. 95

LOS PENSAMIENTOS PUEDEN DARNOS FELICIDAD, SEGURIDAD, PAZ Y AYUDAR A ENCONTRAR LA SALUD CORPORAL, SEGÚN LA CIENCIA MÉDICA

Los médicos que trabajan en la unidad del dolor, sobre todo, la mayoría de ellos están convencidos, que el ser humano es un realidad inseparable, mente, cuerpo, espíritu, hay una interrelación muy estrecha entre nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras frustraciones, nuestro espíritu y el dolor. Por eso se estudia al enfermo y se busca la causa de la enfermedad.

Hay médicos que aconsejan la meditación como terapia para curar algunas enfermedades, la mayoría son consecuencia de nuestro alma enferma, el estrés, la tristeza, la depresión son una enfermedad del alma, incluso se llega a decir me duele el alma. Somos una unidad indivisible. El dolor nos avisa de que algo no funciona bien en nuestro organismo, algo estamos haciendo mal.

Hipócrates veía al paciente como un todo.

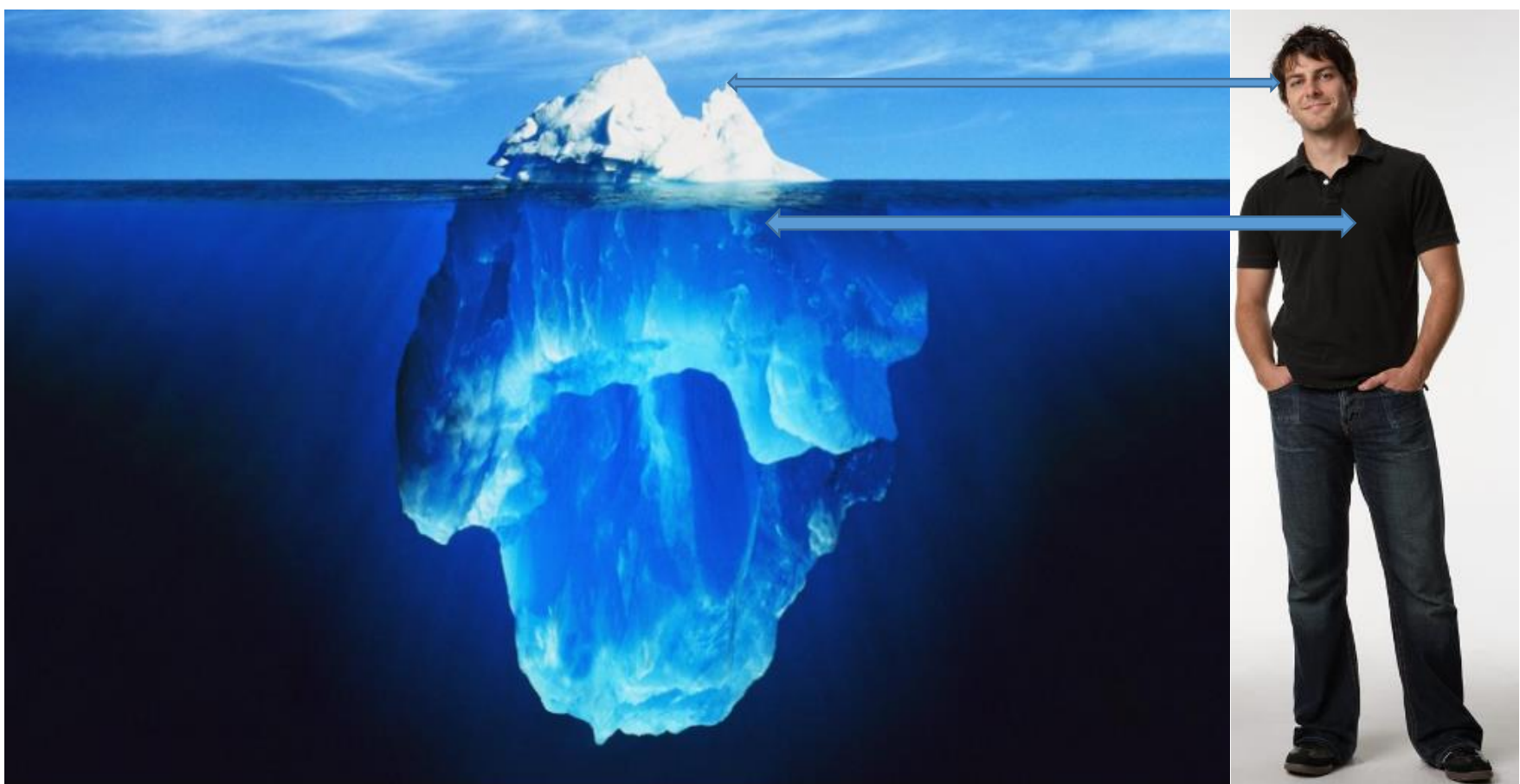
Con Descartes se empezó a parcelar al individuo para estudiarlo. Más tarde vendría la especialización, los laboratorios Rockefeller y la implantación de los protocolos.

Hoy hay una corriente en la que muchos aseguran que se debe estudiar al individuo personalmente, su cuerpo, su mente, su espíritu y lo comparan con un iceberg.

Vemos el cuerpo, la materia, pero el hombre es más que materia, por eso hay que buscar y estudiar su interioridad, para poder curarse. El papa Francisco también nos habla de que la sociedad tiene muchas heridas que debemos curar.

Es necesario perdonarnos y perdonar a los demás, desterrar todo resentimiento, abrirnos al amor y a la esperanza, ayudar y dejarse ayudar, librarse de toda idea perturbadora, confiar y esperar la misericordia de Dios, que me ama y siempre me perdona.

Por algo Jesucristo perdona, por algo les dijo a los Apóstoles que debían perdonar siempre, hasta setenta veces siete, por eso le decimos a Dios todos los días perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Porque el perdón es de lo más difícil, únicamente se perdona cuando Dios se interpone entre el ofendido y el ofensor, entonces es cuando la herida empieza a cicatrizar.



El dolor nos indica que algo estamos haciendo mal, por ejemplo estamos estresados y angustiados porque tenemos que competir. Hay que ser los mejores, en dinero, popularidad, imagen y todo esto pasa factura. Esta actitud pertenece al hombre viejo, no al hombre nuevo. Cuando se muere al ego y se pone en su lugar a Dios, vemos con los ojos de Dios y nada nos angustia.

Si no hay armonía entre el cuerpo y el espíritu a la larga siempre pasa factura, en el cuerpo surge el dolor, en el alma, la intranquilidad, la falta de alegría, el desasosiego, la tristeza.

Jesucristo dedicó 30 años al trabajo material y a la meditación, de los tres años de vida pública la mayoría de las veces se retiraba a comunicarse con el Padre.

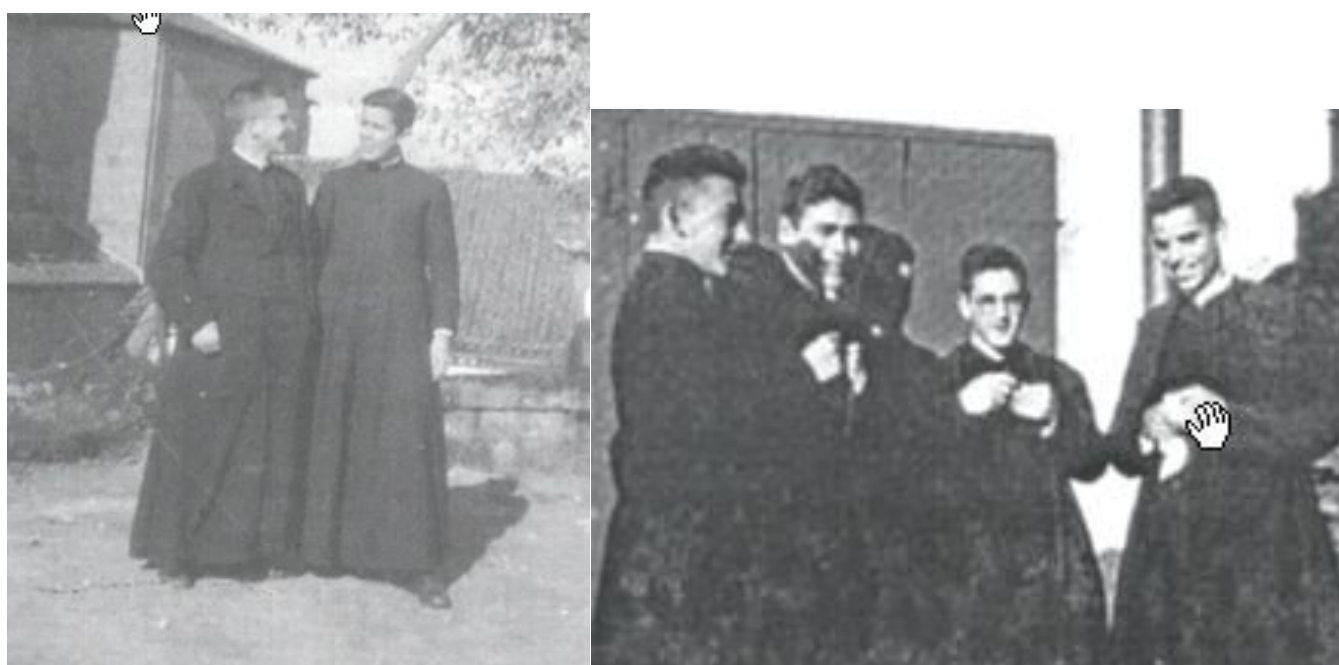
La vida espiritual no es una dimensión accesoria a la persona y su atención exige de nosotros una atención constante y permanente.

El catecismo de la iglesia católica señala que la vida en el espíritu realiza la vocación del hombre. No atender a nuestra vida espiritual significa que poco a poco irá desapareciendo nuestra vida interior, con lamentables consecuencias para nuestro despliegue y realización de nuestra vida de fe, de nuestra alegría espiritual, de nuestra felicidad. El Papa Francisco en la Alegría del Evangelio dice: “La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.” La salvación Jesucristo nos la puso muy fácil, basta que le dejemos entrar en nuestro corazón, en nuestra vida. Si le abrimos la puerta entra, porque está deseando entrar, pero siempre respetará nuestra libertad.

<p>¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras? ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío, que a mi puerta, cubierto de rocío, pasas las noches del invierno oscuras?</p> <p>¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras, pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío, si de mi ingratitud el hielo frío secó las llagas de tus plantas puras!</p> <p>¡Cuántas veces el ángel me decía: «¡Ama, asómate ahora a la ventana, verás con cuánto amor llamar porfía!»!</p> <p>¡Y cuántas, hermosura soberana, «Mañana le abriremos», respondía, para lo mismo responder mañana!</p>	<p>Dios sale siempre a nuestro encuentro. Rafael y Lope de Vega</p> 
--	---

La mayor felicidad es sentirse querido, protegido y amado por el Padre, aunque las cosas no nos marchen como deseamos, aunque no las comprendamos. Pero sabemos que nuestro Dios es un Dios cercano, que desea lo mejor para nosotros, nos ponemos en sus brazos y nos abandonamos confiados en su poder, en su misericordia, en su perdón y en su amor infinito hacia nosotros. Porque creemos en esto nos hemos preparado para el sacerdocio, seguimos en el sacerdocio, amamos el sacerdocio, amamos a la Iglesia de Jesucristo y aunque no corren buenos tiempos, confiamos y no nos afligimos, Dios lo puede todo, lo sabe todo y nada sucede sin su permiso.

NUESTRO PRIMEROS PASOS







ANO 1961





COMIENZA NUESTRA ANDADURA EN LA VIDA ESPIRITUAL EN EL SEMINARIO DE SAN ROQUE



En este Seminario de San Roque comenzó nuestro caminar en la vida espiritual. El Papa Francisco cuando nos habla de que con Jesucristo siempre nace y renace la alegría, nos está hablando de la vida espiritual, que siempre lleva a la experiencia de la fe, que siempre lleva al encuentro con Jesucristo.

La vida nos lleva por distintos caminos, en la vida hay muchas encrucijadas, pero todas deben confluir en un Camino, que es Jesucristo, que nos salva.

Uno se puede extraviar en la selva de la existencia, pero no hay motivo para el miedo al sentirse uno perdido, siempre se puede volver a empezar el camino hacia el Padre. Dios es el Padre que siempre nos espera y siempre nos ama, a pesar de nuestros errores, de nuestras faltas de generosidad. Lo importante es que Dios me quiere, me ama y me protege, a pesar de mis debilidades y si le abro el corazón me salva.



Empezamos a conocer a Dios de oídas, como dice el libro de Job, 42, 5. Oímos hablar de Dios en el Seminario muchas veces, pero en aquellos años, para nosotros Dios era una realidad lejana, una idea. Dios quiere hacerse realidad en nosotros, no que lo conozcamos de oídas, sino que lo experimentemos, de ahí parte el progreso en la vida espiritual.



En este claustro, además de jugar, aprendimos a reflexionar, a conocer que, además de la vida natural, tenemos otra vida, la vida espiritual.



Aquí empezamos a ver la vida bajo la perspectiva de la fe, más adelante se iría purificando, lentamente, con sombras y luces, con días de alegría, también de

tristeza, de incomprensión y de incertidumbre, pero al final siempre podemos encontrar el camino que nos lleva a los brazos de nuestro Padre Dios.

Hemos descubierto que lo más importante es nuestra salvación, cuando le costó tanto a Jesucristo salvarnos significa que es el mejor tesoro.

Jesucristo nos puso muy fácil la salvación, a quien le costó fue a Él, sudor, sangre y muerte en la cruz. A nosotros poco nos cuesta, basta que le dejemos entrar en nuestra vida, lo demás lo hace el Espíritu y además el sentirse querido por un amigo que tiene un poder ilimitado, da mucha seguridad.

Los que somos padre de familia probablemente comprendamos mejor el amor de Dios Padre, ¡se quiere tanto a los hijos!, uno está dispuesto a darlo todo. Si esto hacemos los padres ¿Qué no hará nuestro Padre Dios por sus hijos?

Por otra parte la mayor alegría para el Padre es poder perdonarnos, si hay algo claro en el evangelio es precisamente esta verdad.

Dios siempre nos quiere, siempre nos perdona, siempre nos espera, nunca se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón. Es lo que nos dice el Papa Francisco y este mensaje es para todos, porque todos necesitamos que Dios nos perdone.



Santa Faustina Kowalska, apóstol de la Divina Misericordia, una gran mística, de vida sencilla, sin formación intelectual, llegó a alcanzar un alto grado de unión con Dios.

Su lenguaje es directo, sin figuras literarias. Dios la premia con revelaciones, visiones y gracias extraordinarias.

En su diario nos cuenta sus revelaciones, entre otras: “Sobre un alma humilde están entreabiertas las compuertas celestiales y un mar de gracia fluye sobre ella, a tal alma Dios no le niega nada; tal alma es omnipotente, Dios la acompaña...”



Siempre en Santa María encontraremos la solución a nuestros problemas, es nuestra Madre



25 En aquel tiempo, se presentó ante Jesús un doctor de la ley para ponerlo a prueba y le preguntó:
“Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”



27 El doctor de la ley contestó:
“Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu
ser, y a tu prójimo como a ti mismo”.



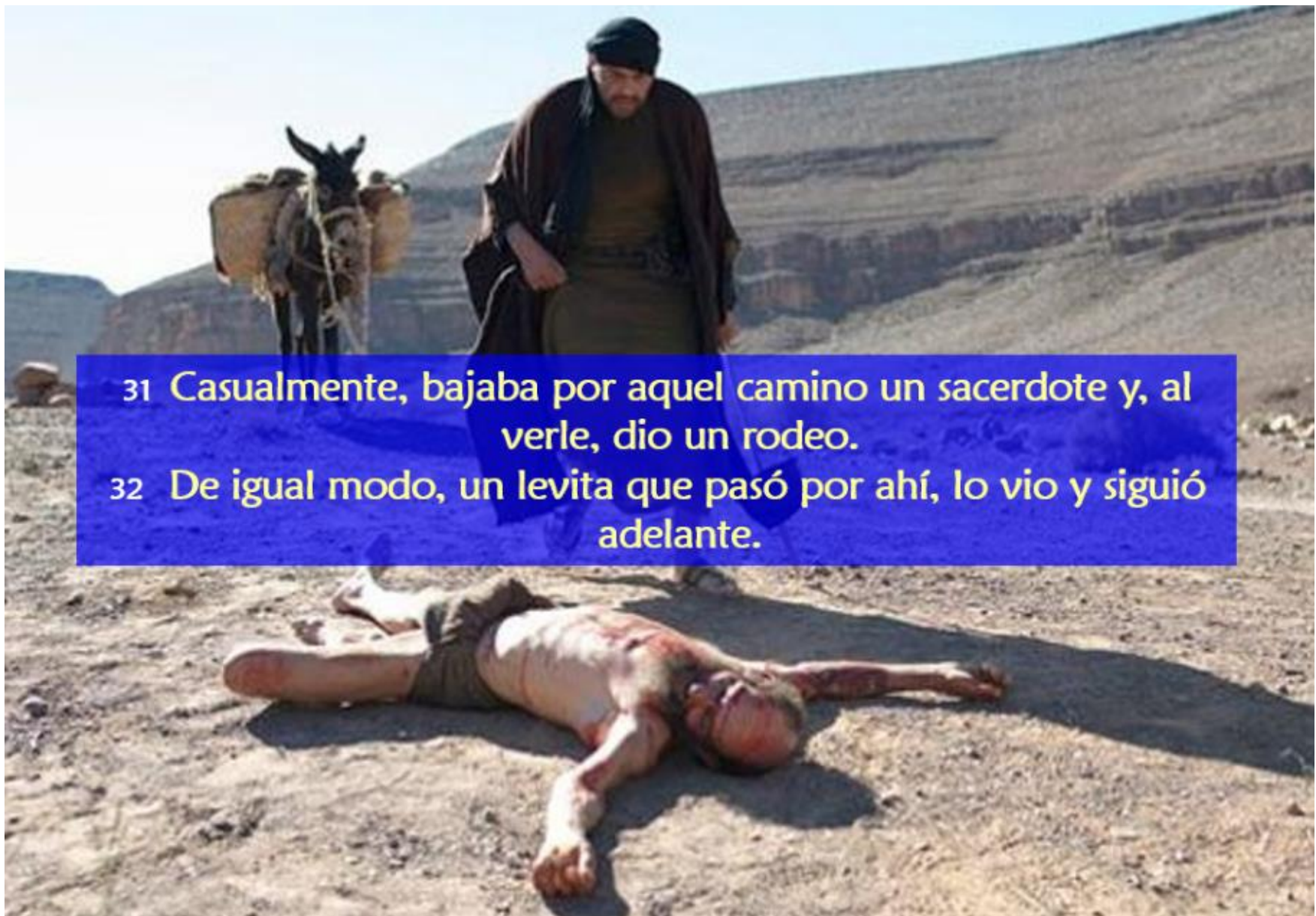
28 Jesús le dijo: “Has contestado bien;
si haces eso, vivirás”.

29 El doctor de la ley, para justificarse, le preguntó a
Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”

Cuando no se vive el amor a Dios, tampoco se vive la solidaridad



30 Jesús le dijo:
“Un hombre que bajaba por el camino de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos ladrones, los cuales lo robaron, lo hirieron y lo dejaron medio muerto.



31 Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo.
32 De igual modo, un levita que pasó por ahí, lo vio y siguió adelante.

33 Pero un samaritano que iba de viaje, al verlo, se compadeció de él, se le acercó, ungió sus heridas con aceite y vino y se las vendó;
34 luego lo puso sobre su cabalgadura, lo llevó a un mesón y cuidó de él.



35 Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al dueño del mesón y le dijo: 'Cuida de él y lo que gastes de más, te lo pagaré a mi regreso'.



Este es nuestro Dios, el Buen Samaritano, a quien amamos y por quien vale la pena apostar



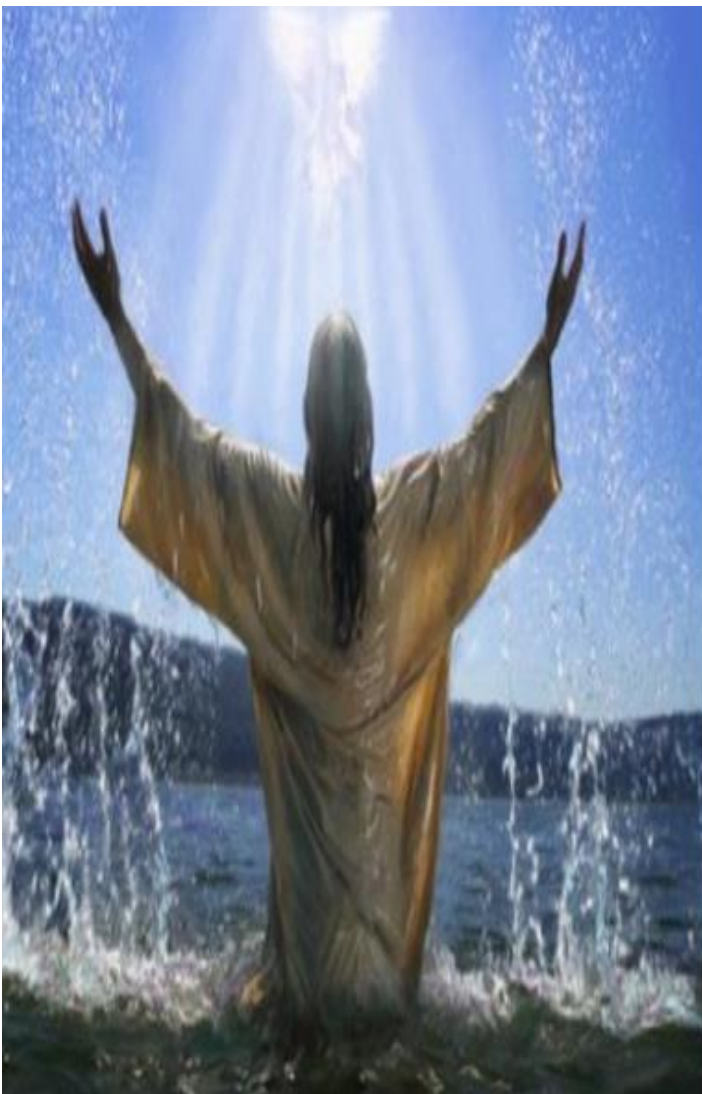
Invadido por la angustia oprimente, Jesús pide al Padre que lo libere del cáliz amargo de la pasión, pero su oración esta empapada de la confianza en el Padre y se encomienda sin reservas a su voluntad:

Padre,

Jesús nos hace entrega de su Dios, de su propia relación con Abbá. Nos dice que llamemos a Dios como le llama él, Abbá (papaíto). La palabra aramea con la que l@s niñ@s llaman familiarmente a su padre. Palabra confidencial, amorosa, familiar, que no tiene la solemnidad de la lengua litúrgica. Para hablar con Dios, Jesús utiliza el lenguaje de l@s niñ@s y no el de los rabinos. Utiliza la lengua de casa y no la de los documentos. Utiliza el dialecto del corazón. Y nos dice que hagamos lo mismo.

**perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos
a todo el que nos ofende;**

El perdón por parte de Dios está garantizado en todo el Evangelio.
El perdón, a un@ mism@ y a l@s demás puede resultar más complicado.
Sentirse perdonad@ y saber perdonar es fuente de liberación y de paz.
Acoger el perdón incondicional y gratuito de Dios nos capacita
para perdonarnos y para perdonar.
¿Me siento perdonad@ incondicionalmente?
¿Me cuesta perdonarme y perdonar? ¿Me ofendo con facilidad?
¿Digo el Padrenuestro por rutina, sin comprometerme y hacerlo vida?



**El Espíritu Santo es quien
nos enseña a recoger la
oración en la misma Fuente:
Cristo.
Pues bien,
en la vida cristiana hay
manantiales donde Cristo
nos espera para darnos a
beber el Espíritu Santo.
Catecismo de la Iglesia Católica 2652**

Y añadió:

Imaginaos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a media noche, diciendo: «Amigo, préstame tres panes, porque ha venido a mi casa un amigo que pasaba de camino y no tengo nada que ofrecerle». Imaginaos también que el otro responde desde dentro: «No molestes; la puerta está cerrada, y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos». Os digo que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos para que no siga molestando se levantará y le dará cuanto necesite.



Pues yo os digo: Pedid, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad, y os abrirán. Porque todo el que pide recibe; el que busca encuentra, y al que llama le abren. ¿Qué padre, entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le va a dar en vez del pescado una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le va a dar un escorpión? Pues si vosotros, aun siendo imperfectos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?



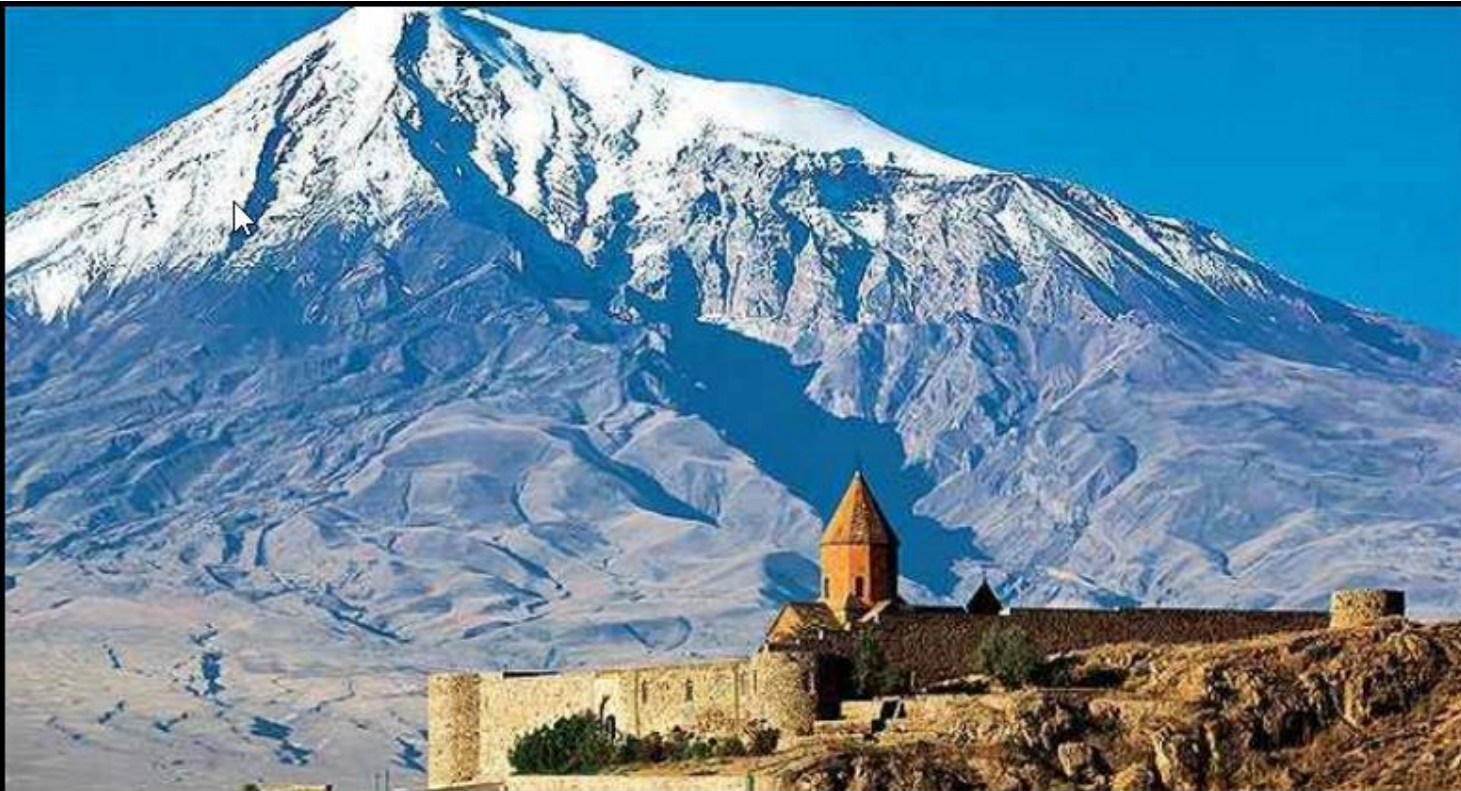
Jesús nos anima a pedir, a buscar, a llamar incansablemente, no porque tengamos que convencer al Padre que sabe lo que necesitamos antes de pedirselo (Mt. 6, 8), sino para mostrar nuestra confianza ilimitada en Él en todas las circunstancias de la vida.

Las preguntas son retóricas, llevan a responder: ¡Nadie haría eso! Lo que no haría un padre, una madre, un amigo, una amiga..., mucho menos lo hará el amor gratuito e incondicional del Padre.

El Papa Francisco en su visita a Armenia dijo:



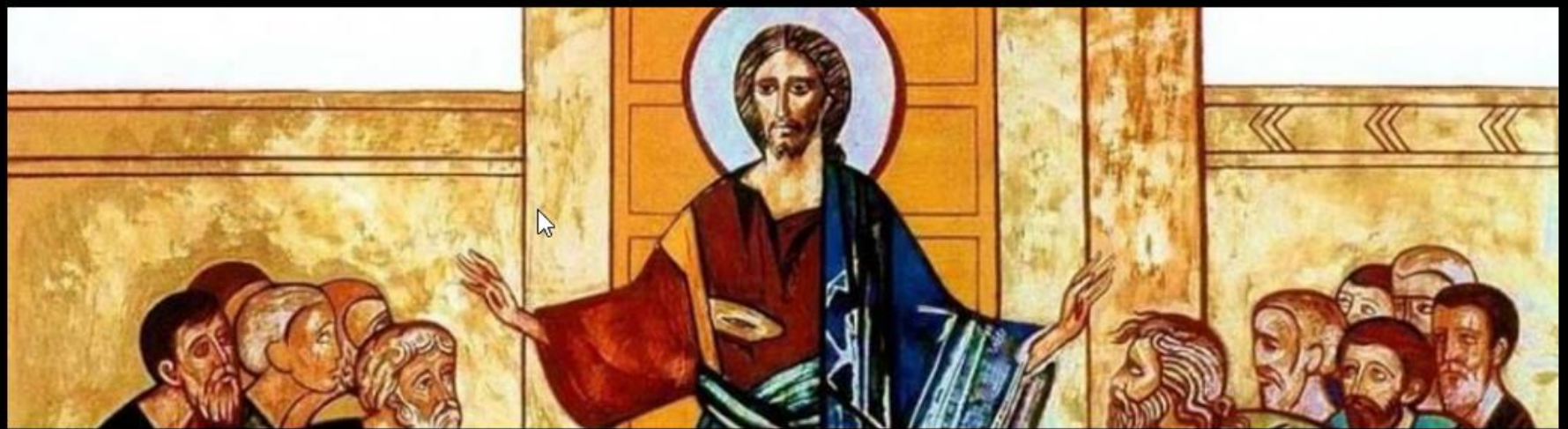
**Pero hay también otra memoria que se ha de custodiar:
la memoria del pueblo.
Los pueblos, en efecto, tienen una memoria, como las personas.
Y la memoria de vuestro pueblo es muy antigua y valiosa.**



**En vuestras voces resuenan la de los santos sabios del pasado;
en vuestras palabras se oye el eco del que ha creado vuestro alfabeto con el
fin de anunciar la Palabra de Dios;
en vuestros cantos se mezclan los llantos y las alegrías de vuestra historia.**



**Nos vendrá bien leer la Palabra de Dios
y abrirnos a su amor en el silencio de la oración.
Nos vendrá bien dejar que el encuentro con la ternura del Señor ilumine el
corazón de alegría: una alegría más fuerte que la tristeza, una alegría que
resiste incluso ante el dolor, transformándose en paz.**

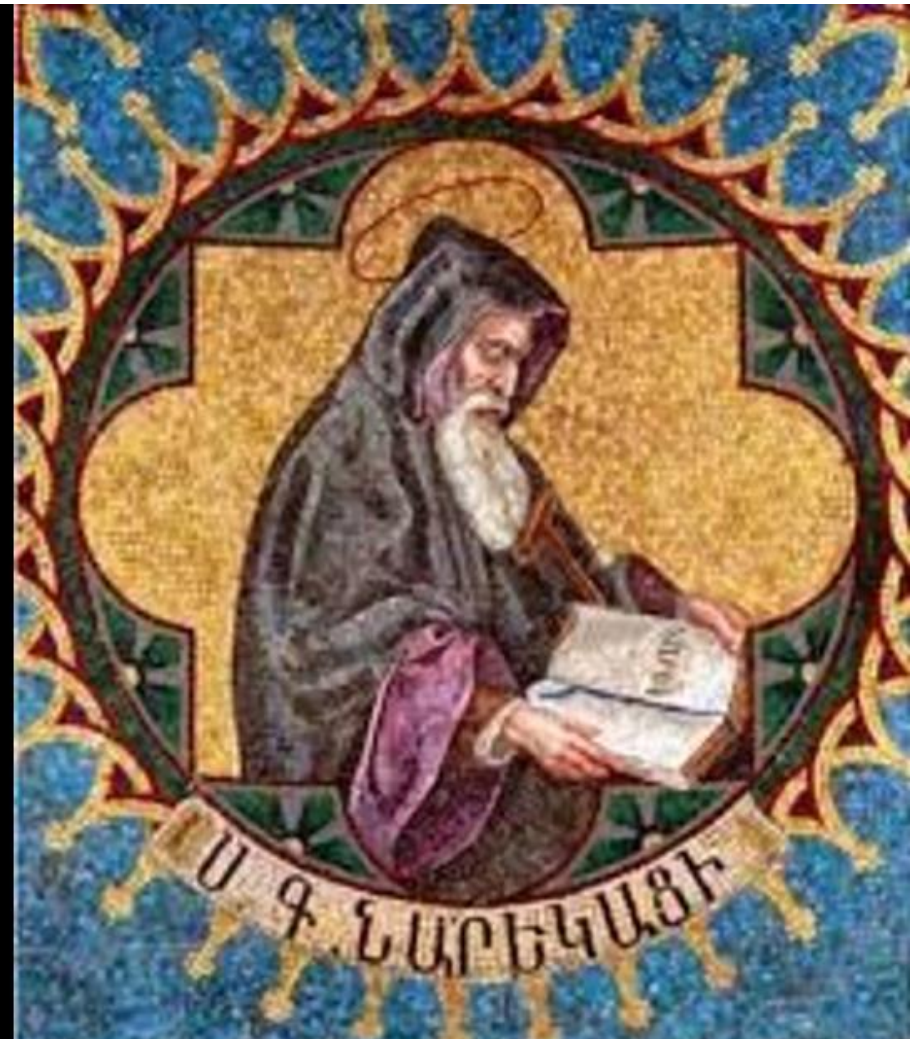


**Dios habita en el corazón del que ama; Dios habita donde se ama,
especialmente donde se atiende, con fuerza y compasión,
a los débiles y a los pobres.**



Hay mucha necesidad de esto: se necesitan cristianos que no se dejen abatir por el cansancio y no se desanimen ante la adversidad, sino que estén disponibles y abiertos, dispuestos a servir; se necesitan hombres de buena voluntad, que con hechos y no sólo con palabras ayuden a los hermanos y hermanas en dificultad; se necesitan sociedades más justas, en las que cada uno tenga una vida digna y ante todo un trabajo justamente retribuido.

Gregorio de Narek es un maestro de vida, porque nos enseña que lo más importante es reconocerse necesitados de misericordia y después, frente a la miseria y las heridas que vemos, no encerrarnos en nosotros mismos, sino abrirnos con sinceridad y confianza al Señor, «Dios cercano, ternura de bondad» (ibíd., 17,2), «lleno de amor por el hombre, [...] fuego que consume los abrojos del pecado» (ibíd., 16,2).





Por último, me gustaría invocar con sus palabras la misericordia divina y el don de no cansarse nunca de amar: Espíritu Santo, «poderoso protector, intercesor y pacificador, te dirigimos nuestras súplicas [...] Concédenos la gracia de animarnos a la caridad y a las buenas obras [...]



Ahora pasamos a otra cosa...

Hace unos días el Señor me ha concedido visitar Armenia, la primera nación que abrazó el cristianismo, al inicio del siglo IV. Un pueblo que, en el curso de su larga historia, ha testimoniado la fe cristiana con el martirio.



Como cristianos estamos llamados a reforzar entre nosotros la comunión fraterna, para dar testimonio del Evangelio de Cristo y para ser levadura de una sociedad más justa y solidaria. Por esto, toda la visita ha sido compartida con el Supremo Patriarca de la Iglesia Apostólica Armenia, quien fraternamente me ha hospedado por tres días en su casa.



El 3 de julio dijo en el rezo del ángelus:
 “la vida del cristiano en el mundo es una misión estupenda y destinada a todos” y “ninguno está excluido; ella requiere mucha generosidad y sobre todo la mirada y el corazón dirigida a lo alto para invocar la ayuda del Señor”. “Hay mucha necesidad de cristianos que testimonien con alegría el Evangelio cada día”.



La misericordia es el corazón de Dios. Por ello debe ser también el corazón de todos los que se reconocen miembros de la única gran familia de sus hijos.

La alegría del Evangelio llena la vida de quienes se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

El amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Donde está Dios, hay esperanza; y donde hay esperanza, las personas encuentran su dignidad. Hagamos la revolución de la ternura.

La primera forma de indiferencia en la sociedad humana es la indiferencia ante Dios, de la cual brota también la indiferencia ante el prójimo y ante lo creado. Esto es uno de los graves efectos de un falso humanismo y del materialismo práctico, combinados con un pensamiento relativista y nihilista

1.- Cuerpo. 2.- Alma.- 3.- Espíritu = Hombre

Entiende a Dios y a quedarse en las cosas creadas.

El hombre está inquieto, dividido, no se siente feliz



1 Tesalonicenses 5, 23-24



Alma y espíritu

cuerpo



Entiende la Trinidad,
quien ofrece amistad,
quien construye humanidad,
quien cultiva el perdón,
quien promueve solidaridad,
quien lucha por la justicia,
quien acompaña en procesos de liberación,
quien no vive para sí mism@,
quien se gasta por l@s demás,
quien es capaz de dar vida
y dar la vida.



Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que, cuando morimos,
descansamos

Jorge Manrique



Un fuerte abrazo a todos, de corazón

Jorge Manrique